



# La lechuza. Cuento breve



Ilustración de Juan Calvin Palomares

Sonia  
de la Roz



Universidad Pontificia Comillas  
[sdelaroz@comillas.edu](mailto:sdelaroz@comillas.edu)

Mario salió dando un portazo y de cuatro zancadas subió a la azotea. Era el sitio donde menos se oían los gritos de su madre y el vozarrón amenazador de su padre. Sabía que, cuando se le pasara el enfado, reconocería en silencio que era él quien había desatado la hecatombe: a sus dieciséis años, a punto de cumplir diecisiete, el confinamiento le parecía una tortura y estar en casa, sin vida social y aguantando las recriminaciones sin fin de sus padres y la insolencia pueril de su hermana, le resultaba insufrible. Además, la situación en casa era muy tensa: la oficina bancaria donde su padre llevaba trabajando cómodamente más de quince años había cerrado por la pandemia y temía que su puesto de trabajo sería barrido por la crisis, como tantos otros. Su madre, por su parte, tenía que atender a sus alumnos de sexto desde casa y, después de varias semanas, todavía no se había organizado bien y la presión no hacía más

que crecer. De Silvia mejor no hablar, ya que la niña había encontrado en la desazón y la ira con las que Mario expresaba su frustración por el obligado encierro la mejor herramienta para meter cizaña. Entre unas cosas y otras, Mario no podía más.

Estaba anocheciendo. A través de las lágrimas, Mario veía el horizonte de tejados y cerros como una línea luminosa que se debilitaba por momentos. Hacía frío, pero no iba a bajar, al menos no tan pronto. Miró con desgana el móvil; no tenía ganas de hablar con nadie y lo dejó en el suelo a su lado.

De pronto, como un fantasma tenue y blanquecino, una figura alada captó su atención por el rabillo del ojo. ¿Qué era eso? Mario nunca había visto aquel ser que se deslizaba por el aire batiendo sus alas en absoluto silencio. El ave, pues era un ave sin duda, planeó y desapareció en la línea oscura de la noche, que lo había invadido todo sin que él se diera cuenta.

La visión le había impresionado. Mario se puso en pie y recorrió la pequeña azotea buscando con la mirada. ¿Dónde iba? ¿De dónde había salido? ¿Qué diablos era aquello?

Intrigado, cogió de nuevo en móvil y buscó: pájaros nocturnos. Búho, cárabo, autillo, mochuelo... tardó un buen rato en decidir que el ser fantasmal que había visto podía ser una lechuza, aunque el color amarillento de la foto no coincidía con la blancura traslúcida de lo que él había visto. Espoleado por la

curiosidad, bajó por fin al salón y se sentó al ordenador. Cuando todos se habían ido a la cama, Mario, todavía bajo la intensa impresión de aquel inesperado vuelo nocturno, seguía buscando.

La noche siguiente, a la hora que creía más adecuada, subió a la azotea y esperó, con el móvil preparado para fotografiar al ave. El ave no apareció. Pasaron al menos dos días hasta que la vio venir de nuevo, batiendo silenciosamente el frío aire castellano. Era, sin duda, una lechuza blanca, sutil, enorme. El móvil permaneció inerte en sus manos, sus ojos prendidos de aquella visión mágica y majestuosa. Al día siguiente, Mario hizo lo que en cuatro semanas se había negado a hacer: abrió la plataforma del instituto y contactó con su profesor de Biología.

A vuelta de correo le llegaron, junto a un montón de signos de interrogación, algunas propuestas de lugares donde podría informarse. Con cierto sentimiento de culpa, Mario agradeció al profesor su gesto haciendo, al menos en parte, la tarea que permanecía pendiente en su escritorio. Y ya puestos, siguió con las Matemáticas y, con menos ganas, con el Inglés y la Lengua.

Cada día, Mario recuperaba las actividades pendientes y cada noche subía a la azotea a vigilar el vuelo de la lechuza. Descubrió que venía de la vieja harinera, donde, probablemente, el ave habría hecho su nido, y se dirigía a la zona del pantano para cazar ratones, topillos y murciélagos. Descubrió que la lechuza es un ave solitaria, pero que a veces se reúne con otras en lo que se llama "parlamento". Se sintió fascinado por su rostro expresivo y misterioso y por la blandura y suavidad de sus plumas moteadas. Aprendió a distinguir entre especies: la tenebrosa, la boreal, la campestre, la maorí... Leyó sobre sus hábitos, su morfología, su ciclo vital. Compartió su creciente interés con su profesor, que le habló de grupos para la conservación de aves en peligro de extinción; contactó con ellos, se apuntó a uno, su sorpresa inicial se convirtió en interés, su interés en pasión.

Pasaron los días y nadie podía predecir el final de la pandemia ni aventurar cómo se acabaría el confinamiento; el mundo parecía sumido en la aprensión, agarrado por el temor a un sombrío futuro. Pero, de forma sorprendente, en medio de aquella sensación de incertidumbre y desesperanza, Mario había descubierto un mundo inexistente apenas unos días antes, un mundo extenso, apasionante, por el que iba volando, llevado por las alas de la lechuza y que, sin saberlo él, le había transformado.

El contacto con el profesor de biología continuó y facilitó su vuelta a las actividades académicas, lo

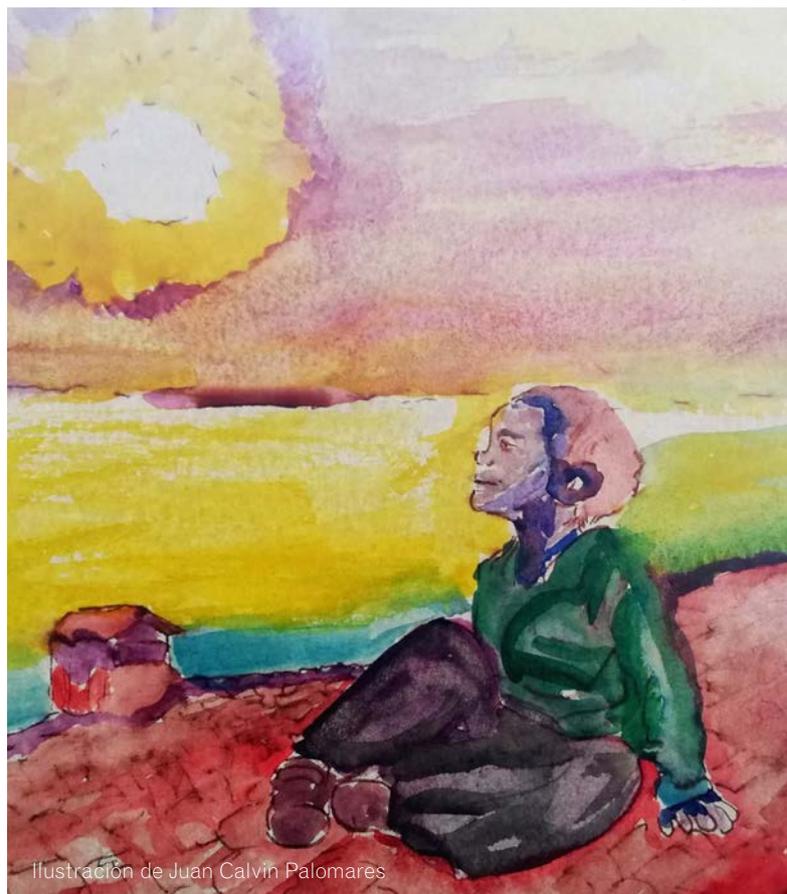


Ilustración de Juan Calvin Palomares

que fue rebajando poco a poco la tensión en casa; Silvia y sus gansadas infantiles habían desaparecido, desdibujadas por aquella nueva energía que le embargaba. Hasta su padre estaba menos preocupado, menos agobiado, quizás porque las noticias que le iban llegando le tranquilizaban o quizás porque había observado, como todos, el cambio de actitud que se había operado, milagrosamente, en Mario.

Y una mañana Mario cogió la palabra y les dijo que cuando terminara el instituto iba a ir a la universidad, que ya lo sabía, que nunca había querido, pero que ahora sí, que a lo mejor iba a estudiar Biología, o, no sabía, quizás otra cosa, pero que estaba pensando en Biología, que, claro, dependía de la nota de corte, que de momento estaba buscando información, no sé, a lo mejor al final hacía un Máster en Conservación del Medio Ambiente, o en otro parecido, que ya lo vería, pero que para empezar tenía mucho que estudiar porque le habían dicho que la EvAU no era tan difícil, pero que había que prepararse...

Nunca nadie supo, porque Mario nunca lo contó, cómo en medio de la terrible crisis, en medio de aquella situación incierta y angustiada, donde el horizonte era una difusa línea apenas dibujada sobre tejados y cerros de una pequeña ciudad castellana, la vida de Mario había quedado marcada para siempre por el sutil y poderoso vuelo de una lechuza •